

## 10.

Tati las encontró en el sillón, risueñas, tapadas con una manta y pegadas a la estufa. No pudo disimular cierto malestar al ver a Carolina en el lugar que solía ocupar ella.

–Llamaste a los del gas.

–Sí, le pedí plata prestada a mi vieja por unos días. Vení, sentate, estamos viendo una maratón de *Friends*.

–No, me voy a acostar, todavía estoy muerta del resfrío.

–¿Segura? ¿Querés llevarte la estufa?

–No, después, tranquila.

–Bueno.

Esperaron que Tati se fuera para decir algo. Entonces Carolina se acurrucó y le besó con vehemencia el cuello.

–Tu amiga no me quiere nada.

–¿Por qué decís?

–Se re nota.

–No sé. No me parece. Se siente mal, es eso.

Carolina torció la boca y sonrió. A Valentina le pareció que iba a agregar algo, pero en vez de continuar con sus argumentos, prefirió besarla y olvidarse del tema. Ella aprovechó el momento para abrazarla y oler el perfume de su pelo. Era consciente de la importancia de momentos como ese, únicos y escasos, y que debía aprovecharlos. También los vivía con nostalgia anticipada, con una pizca de tristeza, porque sabía que se terminarían, y si bien debía disfrutar de la cercanía de Carolina, la contrariaba el hecho de que en algún momento ella iba a abandonar el sillón.

—Sos tan linda...

Carolina levantó la cabeza, divertida.

—¿Por qué lo decís tan seria?

—Es algo serio. Te lo digo de verdad.

—Vos sos hermosa.

Valentina se tapó la cara con las manos.

—¿Eh? ¿Qué te gustó de mí?

—¿Cuando te vi?

—Sí. Cuando me conociste.

Carolina enderezó la espalda y levantó el mentón para decir su veredicto. Se acomodó el pelo y pensó. Valentina la trajo hacia sí.

—No sé, linda. Todo. Me encantó tu concentración mientras pasabas música. Tus ojos. Cómo bailabas. Y cuando viniste y me serviste el mojito, y me dijiste que lo habías hecho especial para mí... Ahí te hubiera comido a besos.

Valentina se rio.

—¿En serio? Es una estrategia que tengo.

—Claro. No lo dudo. Y estabas preciosa con el sweater rojo y el pañuelo en el pelo.

—No lo demostraste mucho en ese momento.

—Y no. Soy mujer. ¿Qué mujer lo hace?

Valentina se quedó pensativa y arqueó una ceja. Ya sabía de sobra que con los hombres todo le resultaba más sencillo. Sin embargo volvía como abeja a la miel a esto, a sus pares y sus retorcidos enigmas. Era lo que la emocionaba de verdad. Eso y la piel suave y los movimientos de guepardo, eso que las hacía estar siempre agazapadas, listas para el ataque o para la huida.

—¿Y a vos? ¿Qué te gustó?

—Me pareciste linda desde que entraste. Pero cuando nos pusimos a hablar y te reías de todo lo que te decía,

y me retrucabas con un comentario más inteligente... Y bueno, después cuando dijiste que nadie te había hecho bailar así... casi me desmayo.